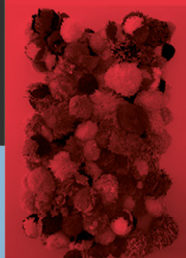


catalina cortés severino

EL TIEMPO del CUIDADO

CONTACTOS, HACERES
Y CORRESPONDENCIAS



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



catalina cortés severino

EL TIEMPO
del CUIDADO

CONTACTOS, HACERES
Y CORRESPONDENCIAS

Cortés Severino, Catalina, 1979-

El tiempo del cuidado : contactos, haceres y correspondencias / Catalina Cortés Severino. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas : Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas : Editorial Universidad Nacional de Colombia, © 2026, 2026.

286 páginas : ilustraciones (principalmente a color), fotografías. -- (Colección Fuera de serie)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-628-503-089-5 (impreso). -- ISBN 978-628-503-090-1 (digital)

1. Cortés Severino, Catalina -- Correspondencia, memorias, etc. -- Diarios personales 2. Individuo y sociedad 3. Sociología de lo cotidiano -- Narraciones no ficticias 4. Cuidado -- Estudios interculturales -- Relatos personales 5. Emociones y sentimientos -- Cartas 6. Escritura -- Aspectos psicológicos -- Diarios personales 7. Autoconcepto 8. Intimidación 9. Lenguaje corporal 10. Personalidad y cultura 11. Epistemología feminista 12 Antropología cultural y social I. Título II. Serie

CDD-23 302.5 / 2026

El tiempo del cuidado. Contactos, haceres y correspondencias

Colección Fuera de Serie

© 2026, Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Antropología

© Catalina Cortés Severino

ISBN impreso: 978-628-503-089-5

ISBN digital: 978-628-503-090-1

Facultad de Ciencias Humanas

Comité Editorial

Nohra León Rodríguez

Decana

María Consuelo De Vengoechea Rodríguez

Vicedecana Académica

José Daniel Pabón Caicedo

Vicedecano de Investigación y Extensión

Véronique Claudine Flori Bellanger

Representante de las Revistas Académicas

Andrés Leonardo Góngora Sierra

Director del CES

Paola García Reyes

Representante de las Unidades Académicas

Básicas

Bogotá, 2026

Impreso por DGP Editores S.A.S

Av. José Celestino Mutis # 70D-34, Bogotá

Preparación editorial
Centro Editorial, Facultad de Ciencias
Humanas

Jineth Ardila Ariza

Dirección del Centro Editorial

Catalina Arias Fernández

Gestión editorial

Sarita Martín Rincón

Coordinación editorial y edición de mesa

Michael Cárdenas Ramírez

Coordinación gráfica

Francisco Díaz-Granados

Corrección de estilo

Íkaro Valderrama

Lectura en armada

Alejandro Sepúlveda Gauer

Dirección de arte, diseño y diagramación

Imágenes de portada: Catalina Cortés Severino

editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos
patrimoniales.

catalina cortés severino

EL TIEMPO
del CUIDADO

CONTACTOS, HACERES
Y CORRESPONDENCIAS



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

BOGOTÁ D. C., 2026

CONTENIDO

14

PRESENTACIÓN

17

INTRODUCCIÓN

18

Sostenes

23

Lo cotidiano, lo doméstico y lo íntimo

30

Políticas de la existencia: la escritura,
lo vital y lo afectivo

43

Partidas, rutas y caminos

51

HABITAR LOS TIEMPOS DE LOS CUIDADOS

53

Tiempos cotidianos en pandemia

55

Tiempos de los muertos y la tierra

66

Trancones y cocinadas

78

Decrecimientos y vivir sabroso

83

Ecologías temporales

93

Tu Historia, que es la mía,
me atraviesa

99

Tiempo compartido: mantenerse

107

Video-ensayo *Tocar el tiempo:*
Futuros y Ruinas

125

CON-TACTOS ENTRE CUERPOS Y MATERIALIDADES

127

Tacto y pieles

133

Video-ensayo *Tocar el tiempo: tacto*

144

Capas de pieles e historias

148

Casas y aulas

158

Servicio doméstico, mantener la vida de esos otros tan
lejanos y cercanos en las porosidades de lo cotidiano

168

Nacimos en el barro, nuestras manos están untadas

176

Hacer textil y hacer parentesco

183

Tacto, cuerpo y escritura

190

Inventario afectivo

194

Sonidos que tocan

201

Distancias domésticas que hacen contactos

225

**CORRESPONDENCIAS:
HACERES QUE ANUDAN,
SOSTIENEN Y TOCAN**

227

Entre arcillas y moldeamientos

234

Hacer escritural entre cuidados,
detenciones, contactos y correspondencias

250

Haceres entre las fronteras líquidas:
lo íntimo y lo público


260

Haceres entrelazados. Escribo mientras
cocino: mi escritura está untada

279

REFERENCIAS

PRESENTACIÓN



A la vista de un mundo roto, hemos comenzado a sentir la experiencia de su desmoronamiento, la fragilidad que nos acompaña a todos y todas, humanos y no-humanos. Escuchamos hablar del cambio climático en medio de incendios que cubren grandes extensiones del Amazonas; sequías que dejan miles de animales muertos; guerras que se prolongan por años a favor de intereses económicos; niños que mueren de desnutrición mientras grandes compañías mineras siguen extrayendo sus territorios; gente que se desplaza de un país a otro, arriesgando su vida en los mares y desiertos en busca de una mejor vida, otros que dejan atrás a sus hijos para buscarles un mejor futuro.

En medio de todo esto, que es apenas un trazo de este mundo hecho pedazos, les escribo a ustedes —a sus manos, que siguen levantando esos fragmentos y recomponiéndolos— para que podamos seguir sosteniéndonos. Siento en sus cuidados la posibilidad del futuro. Sin duda alguna, el futuro seguirá siendo femenino.

Cuidados como sostén.

Cuidados como relacionalidad.

Cuidados en medio de sus tensiones afectivas.

Cuidados como prácticas diarias que permiten que la vida siga.

Cuidados como movimientos que permiten mutaciones corporales.

Cuidados como cansancios que seguirán al día siguiente.

Cuidados como contactos en medio de sus fricciones y deslizamientos.

Cuidados como tiempos cíclicos en suspensión.

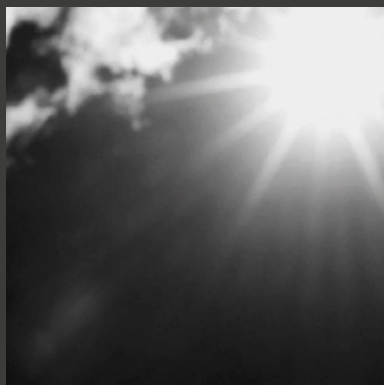
Cuidados como haceres que llevan a crecer, transformarse, transformar.

Cuidado como ese ir y venir del ser cuidado y haber cuidado.

Cuidado como el lugar de las poéticas de la existencia.

Mi intención al escribir este libro es agradecer los cuidados que me han sostenido, esa continuidad vital de cuidar y ser cuidado. Una relacionalidad que nos ata unos a otras. Escribo para corresponder a algunos de los cuidados que me han tocado y para poder detenerme y encontrar las formas que me han dado y las que yo también he moldeado, al irnos sometiendo mutuamente. Escribo también para cuestionarlos y encontrar en la belleza misma las complejidades que los acompañan, sus lados oscuros. Escribo para reafirmar que el futuro es femenino y encuentra su posibilidad de burbujear en medio de los cuidados. Escribo para no olvidar que nos tenemos que sostener unas a otras en medio de los terrenos inestables por los que transitamos.

Escribo para detenerme en los cuidados que nos permiten agarrarnos de hilos parecidos a las telarañas, sutiles, delicados, imperceptibles, pero flexibles y resistentes.



{ *Contenido* }

INTRODUCCIÓN

SOSTENES

Pienso en brazos que han cargado, que han sostenido cuerpos apenas nacidos o en aquellos que ya están cansados de tanto andar y no se pueden sostener por sí solos; en manos que han cocinado generación tras generación y han tejido para cubrirnos; también han cultivado la tierra y encendido hogueras para que los cuerpos se calienten o para espantar alguna fuerza violenta. Movimientos corporales que sostienen los hilos frágiles de la existencia y hacen posible el entrelazamiento de los cuerpos con otros cuerpos, con sustancias y objetos, en su andar de pasos lentos y ritmos suaves. Danzas cotidianas que no aspiran a conquistar ningún escenario y alcanzar el éxito. Simplemente son, laten, sostienen, vibran. Dan vida a movimientos sutiles y repetitivos que funcionan como sostenes físicos y vitales, en medio de las acciones del cuidado en su cotidiano trasegar. Allí vamos haciéndonos y moldeándonos en medio de alegrías y penas, anhelos y temores, estados a veces llenos de contradicciones.

Siento mi práctica de escribir muy cercana a estas danzas: un gesto que me ha ayudado a encontrarme con nuevos moldeamientos corporales, que surgen en medio de los estratos temporales de los que estoy compuesta, y me permiten volver a las huellas que me habitan desde otros lugares hasta andar hacia lo que viene. Mientras preparo una *minestrone*, mi hija necesita que la acompañe al baño y pienso en los ritmos de los cuidados. Siento que la escritura permite sobrellevar los duelos de las mutaciones y termina siendo una acción física, porque ahí el cuerpo está envuelto en todo su hacer. Es acción, trazo, respiración, rastro, sostén. La escritura como gesto permite

que surjan los ritmos profundos de nuestro cuerpo al ser en el mundo.

Vuelvo al tejido, ya que pensar en su hacer me deja entrever ese seguir, ese ir andando en medio de los hilos que nos sostienen. Mi mamá siempre ha tejido, y tejer ha sido como un sostén para mirar hacia adelante cuando el panorama parece enredado; solo necesita agarrar un ritmo entre sus manos y las lanas, e inmediatamente vuelve a estar en su cuerpo, permitiéndose continuar en medio de las tensiones cotidianas. A mí me sucede cuando cocino: cocinar me regresa a mi cuerpo y me permite entrar en el placer de hacer con las manos; los sabores, los movimientos repetitivos, como pelar o picar, me conectan con sensaciones que a veces olvido y que son las que indudablemente me mantienen; cocinar me ayuda a estar en la barra de equilibrio al conectarme materialmente con otros cuerpos, aquellos que comerán mis preparaciones y aquellos con los que estoy haciendo algo. Son movimientos de sostén. Algo muy similar a cuando veo por la rendija de la puerta a mi hija bailando en su cuarto y siento que su cuerpo está liberado de miradas: ella ahí, el movimiento y la música en un solo ritmo, sosteniéndola.

Siento que esos movimientos nos permiten habitar de cierta forma nuestro mundo roto. Son movimientos que —en términos fotográficos— están fuera de los grandes marcos, fuera del campo, pero que indudablemente hacen parte de la vida misma, así no salgan en el encuadre y su presencia no sea visible. De forma parecida a los andamios en una construcción o a los huesos que soportan los cuerpos, esos sostenes que no se ven son los que mantienen y dan forma. Sin ellos, los cuerpos, las vidas, los territorios y las casas no podrían perdurar, se desplomarían

en poco tiempo. Son apoyos que crean lugares de contacto donde el cuidado tiene lugar.

Pero desafortunadamente el cuidado se tambalea entre la paradoja de las prácticas vitales de la subsistencia y la de las prácticas deslegitimadas en la esfera pública y por la economía. Los trabajos del cuidado son ejercidos principalmente por cuerpos femeninos a los que no les queda otro espacio en el sistema de producción que la precariedad y el poco reconocimiento. Por mucho tiempo el cuidado fue concebido como no-trabajo, algo que tenían que hacer las mujeres como parte de sus labores. El cuidado en esa condición paradójica se convierte en aquello de lo cual escapar, porque aparentemente no produce valor en ningún sentido, ni económico, ni cultural, ni intelectual. Y precisamente es ahí donde yo encuentro un lugar para poder pensar el futuro en medio de los restos del mundo, donde lo único que podrá juntarlos serán nuestras prácticas de cuidado en un reencuentro con lo que nos mantiene. Sin olvidar que, como reafirma Luz Gabriela Arango (2012), el cuidado es una actividad relacional que no puede ser reducida al amor y al altruismo, pues implica relaciones de poder, conflicto y ambivalencia que remiten a asuntos de justicia y desigualdad social.

Hay que volver la mirada a la conformación de las vidas y su necesario mantenimiento entre materias y cuerpos. Seguramente en nuestros archivos corporales surgen estos vínculos, como cuando recuerdo el jugo de naranja que mi abuela me daba todos los días por la mañana y hoy se lo sigo preparando a mis hijas, o nuestras salidas al bosque a recoger eucalipto para poner en los cuartos y poder respirar bien en las noches frías. Pequeñas acciones que mantienen las vidas y nuestros vínculos con el mundo.

Escribo con el entusiasmo de poder detenernos en estos pequeños e imperceptibles movimientos necesarios para mantenernos: ralentizar nuestro andar para poder ver con nuestros pies, sentir por abajo lo andado y poder vislumbrar nuevos pasos que nos lleven a habitar cada pisada y, tal vez, también a imaginar que habitamos otras corporalidades, como el reptar de las iguanas con sus patas extendidas, el trepar con los pies de los micos, el pisar lento y parsimonioso del oso perezoso o también los movimientos de las enredaderas y los quichés mientras trepan y se ubican en los árboles; hacer la pausa y escuchar los lenguajes del cuerpo; crear imágenes y figuras que permitan entrelazarnos con los movimientos de sostén y regresar a nuestras memorias corporales oculatas, pero atentas a surgir para encontrar otras formas de decir el mundo.

Este libro se sitúa entre lo íntimo y lo público, entre el adentro y el afuera, entre espacios propios y ajenos muy parecidos a la piel, esa membrana porosa que nos permite el intercambio entre el interior y el exterior. Y es precisamente en ese lugar de contacto y permeabilidad donde el cuidado tiene lugar y se asume una comprensión del yo atenta a la manera en que los sujetos se configuran y reconfiguran a través de prácticas muy materializadas de los cuerpos, es decir, en sus relaciones de afectación, cuidado y dependencia. Por eso considero que desde ahí tenemos que comenzar las revoluciones cotidianas, develar las violencias de los espacios íntimos y domésticos y trastocar la reproducción de los roles en los que solo unas están dispuestas y son aptas para cuidar. Todas y todos tenemos que involucrarnos en los cuidados y para ello hay que desnaturalizar la idea según la cual solo las mujeres cuidan y comprender que todas y todos tenemos que poder man-

tener nuestros mundos rotos. Debemos salir de nosotras mismas para mirar con los ojos de otras.

Cuando pensamos en las posibilidades de las estéticas y políticas del cuidado y su capacidad para cuestionar las condiciones sociales, retornamos al hecho de que lo que hay en la cotidianidad a través del cuidado es un sentido profundo de comunidad, y que lo estético nace allí, marcado por nuestras experiencias íntimas y cercanas. Me sitúo en las estéticas y políticas del cuidado mediante un acercamiento profundo y complejo a los tiempos de los cuidados, esos tiempos detenidos, repetitivos, lentos, circulares; a nuevas relaciones corporales con el tiempo que nos anclen al presente con sustento en las relaciones y materialidades con las que estamos haciendo y narrándonos; a un tiempo material de los haceres a cambio de un tiempo proyectado a las utopías del desarrollo, el progreso y los futuros brillantes. La necesidad de situarnos en los enlaces vitales nos lleva al tacto como acercamiento, a manera de membranas que nos permiten componernos en relación con los otros y otras: el tacto como un saber epistemológico que nos acerca al mundo a partir de los contactos y no de las distancias. Como nos lo recuerda Adriana Cavarero (2022), el cuidado tiene que ver con una inclinación hacia el otro; un mantenerse en un tiempo suspendido a través del cual se hace mundo y se renueva la vida cotidianamente.

En su libro *Cruel Optimism*, Lauren Berlant (2011) señala que las relaciones de optimismo cruel en el capitalismo tardío tienen una génesis materialista en los arreglos económicos, sociales y políticos de cada época. Son las interacciones de las personas con esos arreglos las que han precarizado los cuerpos de los sujetos de cada período histórico, con lo que inhiben una relación afectiva

con el presente y ocasionan una pérdida de sentidos. Desde ahí quiero situarme en las estéticas del cuidado, sus tiempos, sus ritmos cotidianos y las políticas de la vida para pensar nuestros futuros en términos de nuevas relaciones corporales y sensoriales. Las relaciones con los otros, los enlaces vitales, están anclados en el hacer y vivir juntos, se arraigan en la misma materialidad de la vida. Insisto en la necesidad de esas experimentaciones sensibles del tiempo y de la configuración estética de los cuerpos, sin desconocer la única dimensión material y temporal posible de nuestra existencia: el aquí y el ahora.

LO COTIDIANO, LO DOMÉSTICO Y LO ÍNTIMO

La materia de la que está hecho lo ordinario es de importancia vital, por estar llena de cuidados minuciosos. En los espacios cotidianos se da la vida en común entre cuerpos, materias y objetos, que, sin notarlo, de forma muy presente conforman una manera de circular afectos; una composición, modos de existir colectivos. Desde este punto, encuentro necesario complejizar lo que estamos entendiendo por el cuidado, lo cotidiano, la relación entre lo íntimo y lo público, el adentro y el afuera: escenarios políticos-estéticos donde surgen fronteras líquidas y porosas que nos permiten poner en tensión las relaciones mismas entre estética y política. Me ubico en el trasegar entre ambos ámbitos, en las fronteras difusas que nos muestran cómo lo político comienza en las micropolíticas de la vida misma, y planteo algunas alternativas para entrever cómo las formas de lo privado

saltan a lo público y dan vuelcos a la manera de hacer política. Berlant (2011) nos recuerda cómo las prácticas de intimidad son afectadas por fuerzas legales, normativas y fantasmáticas de lo público, y paralelamente introduce la idea de «esfera pública íntima» para referirse a la circulación de lo privado en la producción de la política. A partir de ahí me interesa indagar sobre las diferentes prácticas que desde lo íntimo y lo doméstico están cuestionando y ampliando lo público, y viceversa.

Quiero pensar lo doméstico como un hacer constante de la vida en común, la vida cotidiana y diaria, lo cual nos sitúa en lo cercano, lo íntimo, lo pequeño, los sentidos y los afectos de las prácticas de hacer mundo, de mantener la vida. Esos haceres menores que sostienen la vida. Como lo expresa Miguel Palencia (2023) en una tesis muy bella sobre lo doméstico, la materia de lo ordinario es de una importancia vital, llena como está de cuidados minuciosos. Lo doméstico tiene que ver con la circulación de vidas y muertes que hacen parte de etapas, procesos y texturas, cuerpos, organismos diferentes. En ese sentido, un espacio doméstico es siempre un hacer, una práctica performativa en la cual se construyen modos de apropiarse del espacio llenándolo de contenidos del pasado propio y del futuro esperado. Es el espacio donde se da la vida en común entre cuerpos y objetos, que, sin notarlos, de forma muy presente conforman una manera de circular afectos; por ejemplo, la celebración, la enfermedad y su cuidado, la soledad y la algarabía. Una composición, modos de existir colectivos.

Los escenarios domésticos pueden ser acogedores, pues en ellos nuestros cuerpos reposan, se sienten a salvo, son en medio de los objetos que nos acompañan y las plantas que nos rodean. Piel que nos rozan y constantemente

te rozamos. En ellos también somos con nuestras prótesis tecnológicas: el celular, el computador, la televisión. Pero esos escenarios pueden ser también violentos: lugares donde no se puede ser, donde hay órdenes verticales que obligan a callar. Donde no hay posibilidades o, tal vez, la única posibilidad sea escapar. Mucho miedo en la piel. Pienso también en la violencia doméstica, en las cifras alarmantes que exponen su crecimiento cada día. La pandemia la incrementó. Acontece, pero sus contornos continúan siendo borrosos, ambiguos, repetitivos, sin fin. Ahí lo doméstico pierde toda posibilidad de romantización, nos lleva a lugares oscuros de lo humano donde muchos cuerpos han crecido y cohabitado con formas de crueldad. Son violencias que se van sedimentando e incrustando en las pieles a manera de goteo diario. Así, en el ámbito doméstico se reproducen diariamente actividades que configuran los cuerpos y marcan las pieles con sentidos tanto de cercanía y protección como de exclusión y violencia. Son sobrevivencias monstruosas.

Anna Puigjaner (2014), en su investigación sobre las cocinas como lugar político y estético, nos deja ver que históricamente la idea de hogar ha reflejado una imagen fiel de las estructuras sociales más profundas de la sociedad. En consecuencia, la vivienda ha sido utilizada a menudo como una herramienta eficaz para la construcción ideológica de las relaciones de poder. Aunque tradicionalmente se ha pensado en Occidente como un aparato de protección contra las externalidades, al servir como un vehículo para la división capitalista del trabajo productivo y reproductivo, el arquetipo del hogar ha desempeñado un papel central en la creación de relaciones de género en las esferas doméstica y social.

Por eso, cada día reafirmo más la necesidad de pensar lo cotidiano, lo doméstico y lo íntimo como escenarios políticos, y busco indagar en esa articulación entre el cuidado —como la necesidad de mantener la vida— y lo político —como forma de apropiarse del mundo y de reformular la existencia—. El cuidado pasa por volver la mirada a los oficios cotidianos y su rol en la conformación de la vida, como prácticas que entrelazan las materias y los cuerpos. En el cuidado se juntan materiales y vidas, y los cuidados pasan entre objetos y cuerpos. También, como nos recuerda Das (2012), la atención a la cotidianidad muestra que este trabajo sobre sí y esa reflexividad crítica pueden emerger en prácticas «imperceptibles» y a veces consideradas banales de la cotidianidad —silencios, ocultamientos, gestos—, en los que se sostiene y altera la vida.

Al mismo tiempo encuentro necesario complejizar lo que estamos entendiendo por el cuidado, lo cotidiano, el cambio de las nuevas formas de hacer-estar, la relación entre lo íntimo y lo público. La pandemia me hizo volver con más ímpetu e intensidad a las labores cotidianas del cuidado de la casa, pues nos regresó al cuerpo y a su relación más básica, el habitar un espacio y las relaciones con los objetos. También hizo manifiesta la cantidad de trabajo que implica mantener la vida en un hogar, sostener la materialidad del espacio y el orden establecido con las cosas. Comer, limpiar, ordenar, volver a cocinar, comer, tender la cama, dormir, dormirse, bañar, bañarse. Las tareas nunca terminan; tienen que volver a repetirse para mantener el espacio donde los cuerpos viven, se mueven y son. A lo mejor estas pequeñas acciones nos permitieron mantenernos impulsadas en el confinamiento. Nos recuerdan el cuerpo y sus relaciones con todo.

El trabajo de la reproducción de la vida, aquel que la mantiene, es poco visible en nuestro país, no narrado, dejado a otros cuerpos. Desde los privilegios se nos olvida el quehacer de estas pequeñas labores cotidianas. El regresar a estas nos devuelve al cuerpo y a lo más básico, al cuidado de nosotras, de quienes nos rodean y de nuestros espacios. ¿Desde cuándo la reproducción de la vida quedó relegada a un segundo plano? Esta pandemia nos impuso pensar de nuevo en el cuidado, desde nuestros cuidados cotidianos y próximos hasta el cuidado del otro, incluso ese otro que no conocemos, pero con el cual estamos conectados en la proximidad más lejana.

Hoy, más de cinco años después de la pandemia y del fuerte e imprevisto estallido social de 2021, siento cómo estos dos eventos nos hicieron regresar a los cuerpos, a la necesidad de repensar el cuidado y nuestras relaciones innegables con los otros humanos y no-humanos. Es a partir de nuestros propios cuerpos que estamos pensando, sintiendo y creando. Son nuestras experiencias entrecruzadas con tantas otras las que nos hacen cuestionarnos y descentrarnos de nosotras mismas para lograr entrelazar diferentes perspectivas y alcances en estos tiempos convulsos. Gil (2017) nos dice que ser cuerpo es estar fuera de sí, insertos en una trama relacional, en una zona de encuentro y vulnerabilidad. Las fronteras cambiaron y con ellas nuestras nociones de inmunidad.

Las ollas comunitarias, los cuerpos trans en sus *performances* en las marchas, los cacerolazos, las batucadas, las solidaridades entre vecinos, los trapos rojos fuera de las casas gritando hambre, la guardia indígena apoyando con sus bastones en el asfalto, las estatuas descabezadas, e infinidad de prácticas artísticas y cotidianas que surgieron en medio de estos acontecimientos, nos han

invitado a alterarnos colectivamente y a descentrarnos de nuestros lugares de confort.

El simple acto de llevar fuera de casa una acción ordinaria, normalmente privada, como cocinar, deja ver el conflicto histórico de la relación entre la vida doméstica, el trabajo del cuidado y la vida pública —el afuera—. Las ollas comunitarias, habituales en muchas ciudades de América Latina, consisten en recolectar comida o dinero para adquirir alimentos con el fin de cocinar para grandes grupos de personas, y principalmente surgen en contextos sociales precarios como una forma de solidaridad. Durante el estallido social de 2021 en Colombia, las ollas tuvieron un papel protagónico, ya que fueron el punto de encuentro y unión de muchos de los manifestantes.

El llamado estallido social de 2021 ocurrió tras un año de restricciones a la movilidad y al espacio público impuestas por la crisis sanitaria del covid-19. Este contexto se vio agravado por los intentos del Gobierno nacional de implementar reformas tributarias y de salud que afectarían negativamente a las clases medias y bajas, sumados a las constantes y sistemáticas formas de violencia —no reconocidas oficialmente— contra líderes sociales, organizaciones comunitarias y la población en general por parte de la policía y agentes paraestatales. Frente a esta situación, diversos sectores sociales decidieron salir a las calles y manifestarse contra la injusticia, la violencia y la represión estatal, poniendo en un segundo plano las consecuencias de las aglomeraciones en plena pandemia.

La olla comunitaria une a los que están alrededor. Hay entonces una variación del acto de cocinar como ejercicio diario que se desplaza hacia lo público para componer afectos que originan política. La olla se transforma

en objeto político porque restituye en el espacio común el acto fundamental del cuidado. No solo se depositan ingredientes en la olla comunitaria que hace y sostiene las actividades del paro, sino también anécdotas, sentidos, ausencias y carencias. Quienes cocinan saben bien qué significa recurrir a lo poco, hacer con lo mínimo, improvisar sobre la marcha. El momento en que de la olla surge el plato es a la vez un intersticio temporal en el terreno de una disputa: la olla es el punto de pausa y relocalización. Las ollas comunitarias no solo han alimentado cuerpos, también han sido una oportunidad para muchas mujeres amas de casa de participar activamente en el paro, de pasar del adentro al afuera y viceversa.

Las cocineras de las ollas comunitarias convierten los alimentos en manifestación silenciosa que restituye y reclama al Gobierno la posibilidad negada de reproducir la vida. La actividad de las cocineras no cesa porque su lugar de acción no para, como no lo hacen las actividades del hogar. Las cocineras saben muy bien que servir un plato solo marca el inicio de una nueva preparación, y que, en línea con la movilización, esto no acaba con el primer objetivo logrado: hay que seguir cocinando el futuro, hay que seguir preparando la esperanza: una olla para poder continuar la labor, a la vez que para convertir la vida en expresión política y en fuerza capaz de hacer cambios. Lo que se está materializando alrededor de la olla es una expresividad comunitaria que confronta de manera directa las desigualdades sociales y los temores sanitarios.

La dualidad entre lo público y lo privado ha separado en ámbitos diferenciados a cuerpos, prácticas, espacios y roles, y ha producido y reproducido la diferenciación entre las actividades propias de la vida política, aparentemente apartadas de las de la vida íntima. Así, se ha dejado para

el adentro del hogar las actividades de la alimentación, la limpieza, la crianza, la sexualidad, los cuerpos feminizados, los afectos y las emociones, y en el afuera han quedado las de la «política», la «razón» y «la producción»; ello había logrado sostener la imagen de que ciertas actividades no son públicas ni políticas, o que la política no es un ejercicio de afectos e intimidades.

Al mismo tiempo, en mi experiencia, la comprensión acerca de lo doméstico y el cuidado se ha entrecruzado con los procesos de investigación/creación al pensar que las actividades de lo cotidiano son imaginativas, organizan, modifican, transforman el mundo y las sensaciones mediante la manipulación de materiales. De este modo se complejizan los conceptos de cuidado y lo doméstico para poder entender las nuevas formas de hacer y estar en el momento presente. El énfasis en lo material, tanto plástico-visual como cotidiano, hace parte de una reflexión necesaria sobre el papel del mundo material en nuestras consideraciones sobre el cuidado, los afectos, la estética y la política.

POLÍTICAS DE LA EXISTENCIA: LA ESCRITURA, LO VITAL Y LO AFECTIVO

Me sitúo en las políticas de la existencia, es decir, en esas políticas de la vida que nos permiten seguir y hacer mundo en medio de la relacionalidad que nos conforma. Esta apuesta nos exige situarnos en las poéticas de lo cotidiano. Gil (2017) nos muestra que también se poetiza y transforma la existencia cocinando, tejiendo, soñando,

celebrando, jugando, conversando, riendo. Así, ese mundanal nace de hacer mundo en el día a día, con lo que nos rodea y nos relacionamos. Fuerzas vitales de encuentro que se extienden más allá del registro subjetivo de las emociones. Afectos que circulan, adhieren y atraviesan los cuerpos, los hacen chocar unos con otros, los empujan hacia el movimiento, la suspensión, la extensión y, en general, hacia ritmos de circulación que permiten experimentar el mundo como un cúmulo de fuerzas intensamente presentes y enigmáticas. Los afectos marcan la pertenencia de los cuerpos a un mundo de relaciones, encuentros y desencuentros entre ellos.

Escribo entonces desde el cuerpo vivido, porque es desde ahí que nos afectamos y todo se sostiene; de ese modo surge mi necesidad de comprender conjuntamente los cuidados a través de los afectos: sintiendo el cuerpo que cada una es, que va siendo, en el juego de fuerzas que lo conforman, en los espacios que habita, en las relaciones con el entorno, las cosas, los otros humanos, en las atmósferas; explorando cómo esas relaciones se tejen y deshacen en ires y venires ordinarios, en los que todo puede hacer sentido, pero también se trastoca. Trato de atrapar por medio de la escritura y las imágenes los afectos, aunque no se dejan atrapar. Son algo imperceptibles, aunque vibran, se mueven o se quedan fijos rítmicamente. Son escurridizos en su intensidad, aunque se pueden sentir y escuchar.

Al inicio del estallido social, en 2021, estaba dictando un seminario sobre cuerpo y corporalidades; un día a quienes participábamos del seminario nos llegó una carta con un paquetito que contenía una pastilla de chocolate y unas semillas de lavanda. Pili Santa María y Diana Piraquive, dos de las estudiantes, nos las enviaron

como parte del taller que se proponían realizar. Uno de los apartes de la carta apuntaba lo siguiente:

Este Ser-cacao te invita a movilizarte con el deseo y la curiosidad (el deseo que moviliza los cuerpos) [...] Dejarte con-Mover con este impase del día de cuarentena estricta, de distanciamiento físico, para proponerte una experiencia sensible [...] Sensual (que incite y abra otras, múltiples, sensorialidades y formas de sentir, de componerse con el otro... de salirte de ti y componer cuerpo con la experiencia).

Berlant (2011) describe el impase como ese momento de interrupción que disloca las coordenadas espacio-temporales de los sujetos y hace ver el mundo como un cúmulo de fuerzas intensamente presentes y enigmáticas. Como si fuera una fuerza-reflejo, el impase produce una agudización del *sensorium*. Esta invitación manuscrita generó un impase, una gran emoción entre muchos, ya que hacía un buen tiempo que no recibíamos cartas escritas a mano; además, fue una forma de acudir a una vieja técnica para poder encontrarnos en la cercanía de una caligrafía, del gesto y de la huella de una distancia, y también por lo que nos indicaban al final de la carta: preparar un chocolate antes de comenzar nuestra sesión del seminario. El día que nos reunimos ya había comenzado el paro; estar juntos tomándonos el chocolate creó un espacio de conversación alrededor de lo que estaba sucediendo. El devenir cacao nos ayudó a conectarnos y compartir expectativas, inquietudes, miedos y demás afectos que estaban latiendo en ese momento de incertidumbre entre el estallido social y la pandemia. El cacao generó otra disposición hacia la discusión, e hizo pensar en las sustancias y sus efectos en nuestros cuerpos.

Era un espacio sensorial y político al mismo tiempo; no podíamos estar juntos cuerpo a cuerpo, pero estábamos unidos desde la distancia y conectados por el olor y sabor del cacao. La conversación nos hizo repensar lo político del momento, el posicionamiento de la academia en estos contextos, la producción de conocimiento y las diferentes formas de hacer que habían comenzado a surgir en estos meses, la importancia de nuestros cuerpos conectados por medio de diferentes estrategias. El estallido social estaba ahí, no solo en la calle; estábamos juntos pensando desde nuestro hogar, sin posibilidad de escaparnos. Un espacio para pensar y hacer en compañía. Un espacio para intentar devenir con otros y otras sustancias en otros cuerpos. Nos permitía estar, de otra manera y con otras conexiones, más allá de la virtualidad y más acá de la calle.

Es una apuesta por pensar desde y sobre el cuidado a partir de mi propio cuerpo. En ello, claro está, son mis experiencias entrecruzadas con tantas otras las que me han hecho cuestionarme y descentrarme para lograr entrelazar diferentes perspectivas y alcances sobre el cuidado, lo doméstico, lo político y los afectos. Estos planteamientos nos presentan retos metodológicos, métodos que nos permitan situarnos en el cuerpo y la experiencia, en ese encuentro con lo mío y lo otro del que emerge algo nuevo. Un conocimiento que surge en nuestro ser con el mundo en medio del encuentro, las correspondencias y las contingencias. Aproximaciones que nacen de las potencialidades de los cuerpos y su afectación con el mundo, más que de la búsqueda de significados precisos y explicaciones racionales.

La apuesta por una aproximación afectiva y corporal tiene que ver con ser capaces de seguir, tal y como

nos lo hace ver Steward (2007) en su seguimiento de los afectos ordinarios, en el registro de la vida misma como un ensamblaje de elementos que se ponen en contacto estético mutuo en el transcurso de los eventos para regresar nuevamente a los sentidos y a las sensaciones, a la materialidad y a lo visceral. Es desde este posicionamiento que acá me embarco para seguir y trazar prácticas del cuidado y del mantener la vida. Decido, así, iniciar correspondencias fragmentarias y no lineales de experiencias, que son mías y de otras —porque nos arrojan al mundo que habitamos y a la vez son tan singulares como comunes, tan íntimas como compartidas—. Porque lo afectivo se sedimenta, hace cuerpo y mundo.

Busco de esta forma una escritura más cercana a lo que deviene, a la imaginación y a la afectación que a la reconstrucción de memorias y eventos, que me permita trazar los sostenes de la vida. Un intento de experimentar el presente permeado de memorias y deseos, para ver desde otros ángulos nuestra cotidianidad. Son correspondencias con las prácticas del cuidado que se fueron creando en el andar, en el intento de darles forma a trazos intuitivos, apegos feroces, deseos urbanos, cansancios cotidianos, miedos encarnados; en fin, un vaivén de experiencias, no lineales ni encauzadas hacia futuros prometedores, sino vividas en presentes convulsionados. La escritura: ese acto, esa práctica, ese gesto que nos hace volver al cuerpo, pero que también genera extrañeza. Algunas veces cuando escribo me he sentido ajena a mí misma. Lo escrito está en el medio, eso que surge entre mi cuerpo y lo otro. Es un tercer espacio poroso donde tocamos y somos tocadas.